

Afrocubanos: sociedad y política

Fernando Palacios Mogár
Presidente del *Partido Liberal Nacional Cubano*
La Habana, Cuba

Los afrodescendientes cubanos jugaron un papel determinante en la historia y la política de la nación. La visibilidad de los afrocubanos se sustentaba principalmente en la prominencia de algunos líderes militares negros y mulatos ligados íntimamente a la causa independentista, como Antonio Maceo, José Maceo, Flor Crombet y Guillermo (Guillermón) Moncada, quienes alcanzaron el rango de héroes nacionales. También los generales Jesús Rabí, Agustín Cebreco, Quintín Bandera, Juan Eligio Ducasse, Prudencio Martínez, Pedro Díaz y otros eran reconocidos por su contribución a una Cuba libre. Todos eran símbolos de la participación afrocubana en la guerra de independencia y representaban una fuente potencial de liderazgo para resistir los esfuerzos de aquellos que querían minimizar el papel del negro en la construcción de la nación.

La trascendencia social y política de estos veteranos negros fue garantizada a través

de interminables banquetes en su honor, el interés de los partidos políticos emergentes para atraerlos y la creación de clubes sociales y políticos en su nombre. Sus actividades sociales y políticas recibieron amplia cobertura de la prensa. En 1900, por ejemplo, se dio un “banquete amistoso” en Santiago de Cuba en honor al General Rabí con la participación de “todas” las autoridades civiles, religiosas y judiciales, más representantes de varias corporaciones, periódicos y “la mayoría de los ciudadanos valiosos” de la ciudad. Quintín Bandera fue otro ejemplo de visibilidad, prestigio y liderazgo; acometió tareas muy importantes en la historia de Cuba, como organizar y presidir en 1899 el Partido Nacional Cubano de Oriente, más tarde Liga Nacional Cubana. Y en su honor también se celebraron banquetes y fiestas.¹

Esta contribución de los afrocubanos no podía ser ignorada y era obvia en actos patrióticos como la inauguración de la República, el

20 de mayo de 1902. Ese día un grupo de soldados del Ejército Libertador, descrito por la prensa como una “fuerza cubana”, la mayoría de rostros “bronceados”, marcharon a través de las calles de La Habana bajo las órdenes del General Pedro Díaz, jefe del sexto cuerpo de ejército y amigo personal de Antonio Maceo. Los generales negros aparecían también en otros actos públicos, como la conmemoración del comienzo de la Guerra de los Diez Años (1868-78).

Los patriotas negros cubanos ganaron un espacio en la vida social y política. La enfermedad y muerte de Rabí fue seguida de cerca por la prensa nacional, con cobertura de primera plana. La procesión fúnebre del patriota negro Rafael Serra y Montalvo fue encabezada por el propio presidente. Incluso si la dirigencia blanca participaba para atraer el voto negro, estaba dando también reconocimiento público al papel jugado por los afrocubanos en la formación de la nación cubana.

El liderazgo y visibilidad fueron también proporcionados por un número de patriotas negros que carecían de credenciales militares, pero que habían contribuido a la causa de la independencia. Juan Gualberto Gómez era uno de los más eminentes. Hijo de esclavos y colaborador cercano de Martí, Gómez se convirtió en el líder afrocubano más notable en la isla por los años 1890, cuando presidió el Directorio Central de Sociedades de la Raza de Color y comenzó a publicar el periódico *La Igualdad*. La importancia del directorio en las luchas por la independencia y contra la discriminación racial es ampliamente reconocida. La organización abarcaba unas cien sociedades en 1893 y emprendió una campaña exitosa para el reconocimiento de los derechos civiles y la igualdad legal de los afrocubanos. Otra de las contribuciones del directorio fue dar espacio para que los activistas afrocubanos adqui-

rieran habilidades organizativas y políticas, que más tarde les permitirían jugar un papel público activo en la república.

La vida de Manuel Delgado ejemplifica claramente esta trayectoria. En 1892 la Sociedad La Luz, club negro de Yaguajay, lo nombró delegado ante el Directorio. Delgado se unió después al Ejército Libertador y llegó a comandante. Después de la independencia, sirvió como teniente de la Guardia Rural, fue miembro de la asamblea provincial de Las Villas y representante en el Congreso Nacional. Integró el gabinete del presidente Gerardo Machado, primero como Secretario de Agricultura y luego del Interior.

Otra figura pública negra involucrada con el Directorio y el periódico *La Igualdad* antes de participar en la guerra, donde ganó los grados de coronel en la plana mayor de José Maceo, fue el periodista y escritor Lino D'Ou. Organizó varias sociedades negras en Santiago de Cuba y Guantánamo, y fue representante de la provincia de Oriente en 1908 por el Partido Conservador. D'Ou fue una figura política e intelectual destacada hasta su muerte en 1939.

También se destacaron Laudelino García, Juan Travieso y Ramón Canals. García terminó la guerra como capitán del Ejército Libertador e integró la asamblea provincial de Las Villas. Travieso fue representante y luego conocido como el “patriarca” de su pueblo nativo, Bejucal (cerca de La Habana). Canals era propietario de tienda, se fue al exilio durante la guerra y sirvió como concejal de La Habana (1908-10 y 1912-16).

Los héroes negros de la independencia proporcionaron también visibilidad y prestigio a los afrocubanos incluso post mortem. Antonio Maceo era el más venerado, citado y disputado símbolo de la fraternidad racial cubana. Su muerte en combate se conmemoraba

cada año con procesiones masivas a su tumba, que invariablemente incluían a los políticos y a representantes de las sociedades y clubes negros. El Congreso celebraba sesiones especiales en su memoria; se construyeron parques, se erigieron monumentos y se nombraron calles en honor al general mulato. Como parte de sus esfuerzos por atraer el apoyo afrocubano, el presidente Machado declaró en 1930 como día feriado nacional a la fecha de su caída en combate.

La popularidad y prestigio de los héroes y veteranos afrocubanos eran indicativos de una realidad inevitable. Aun aquellos que despreciaban a los negros tenían que reconocerlos y afrontar la realidad de su participación en el orden político emergente. No había discusión: los negros tenían y tienen que ser tenidos en cuenta en cada fase de la reconstrucción de la isla. Pero no se puede hablar del tema sin mencionar a la Agrupación Independiente de Color, que se fundó el 7 de agosto de 1908 y se convirtió en Partido Independiente de Color (PIC), dentro del cual militaban afrocubanos que marcaron pautas en la historia política de Cuba, como Evaristo Estenoz (su presidente), Agapito Rodríguez y Pantaleón Valdez (vice-presidentes), Gregorio Surin (secretario) y Julián Valdez (vice-secretario).

El PIC se constituyó para responder a las necesidades que imponía el mayor desenvolvimiento de progreso y civilización de los negros, aspiración que hasta ese momento no podían satisfacer los partidos políticos en que habían militado. Sus intenciones no eran excluir o sobrepasar a la población blanca ni querer gobernar con intereses de raza, sino exigir, a través de un programa nacionalista, los derechos de los negros, que hasta ese momento ningún partido había podido realizar. Sin embargo fueron incomprensidos y salió a relucir otra figura negra del quehacer intelec-

tual y político de la época: el senador Martín Morúa Delgado, quien a pesar de reconocer la necesidad de mejorar las condiciones sociales, económicas y morales de la raza negra, no aprobaba la idea de organizar un partido político como medio para estos fines.

La mayor de las Antillas había presenciado el ascenso de un número mayor de cubanos negros en la política y así ganaron poco a poco más espacios de participación. Después de la revolución de 1933, otros políticos negros participaron de la vida pública y dirigieron movimientos sociales. Tras la revolución de 1959, el panorama para los afrocubanos se volvió desolador. La presencia de negros en los escalones superiores del gobierno y del Partido Comunista de Cuba (PCC) era casi nula y los cambios en la composición racial de la dirección fueron sumamente lentos.

Los negros y mulatos —según el censo de 1986— representaban solo el 9% en el Comité Central de 1965, 7% en 1975 y 12% en 1980. Su proporción no era superior en los burós ejecutivos provinciales: 8% en 1974. Estos datos no han cambiado mucho en nuestros días, a pesar de políticas erróneas y desacertadas aplicadas por la elite mayoritaria blanca gobernante, como asignar cuotas a los distintos niveles de gobierno. No han tenido en cuenta que la problemática racial debe ser tratada desde otra perspectiva y buscando la concientización. ¿Cómo es posible que se obvie toda esa tradición de los afrocubanos en su participación activa tanto en la vida social como política?

Si en esta etapa de la historia de Cuba los negros no se visualizan en el poder real, es porque a la elite gobernante no le interesa mantenerlos cerca de su entorno blanco. Los pocos que han escalado son figuras virtuales, incapaces de exponer la problemática racial por miedo a perder los privilegios y las dádivas.

Juan Almeida Bosque, Esteban Lazo y Pedro Sáez, por citar unos ejemplos, han sido de los pocos con jerarquía dentro del aparato de poder. La designación de Raúl González Lovaina, cubano de piel negra, al frente de uno de los tres ejércitos del país, responde a las críticas vertidas por actores de cambio en la Isla y en el exterior. Sin embargo, esos signos no se pueden interpretar como cambios en la mentalidad racista del gobierno.

El futuro del afrocubano lo lleva necesariamente a buscar democracia como una opción inevitable y escudriñando, además, espacios públicos que serán para el negro cubano la mejor alternativa en demanda de sus derechos. Los retos son muchos y la voluntad nuestra también. La actual trama política del país crea un nuevo imperativo. Siendo los cubanos de piel negra una mayoría poblacional, sin espacio de poder en el orden oficial y marginados social y económicamente, se necesita seguir discutiendo y debatiendo sobre las relaciones raciales y el espacio de oportunidad negado. Solo quiero llevarlos a la reflexión con unas palabras de Alejandro de la Fuente, profesor de la Universidad de Pittsburgh (Estados Unidos): “Seamos francos. Si identificar

a la gente de acuerdo con su *raza*, si hablar de negros, blancos y mulatos es un pecado contra la humanidad, los cubanos merecemos ser excomulgados en masa. ¿Pero es realmente pecaminoso hablar de un tema tan central en el proceso de formación y representación de la cubanidad? ¿O debemos, por el contrario, reservar la excomulgación para aquellos que se han empeñado en institucionalizar el silencio alrededor de este y otros temas?”²

Notas:

- 1-El mayor general José Quintino «Quintín» Bandera Betancourt (1834-1906) peleó en las tres guerras por la independencia de Cuba y en la república poscolonial se alzó con el bando liberal contra las pretensiones de reelección del presidente «moderado» Tomás Estrada Palma. Tras ser dispersadas sus fuerzas por la Guardia Rural, se refugió en la finca El Garro y allí fue liquidado (agosto 22, 1906) por la partida del capitán Ignacio Delgado. Lo tumbaron de un tiro para enseguida machetearlo. Era Tata Inkisi (sacerdote de culto bantú) y atendió la ganga del Ejército Libertador. (Nota del Editor).
- 2 –De la Fuente, Alejandro: *Una Nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba*. Madrid: Colibrí (2000).